

Sonia Martínez...

arquitecta de su propio destino

Luz Patricia Vargas Vergara

*Para soñar jardines de flores caprichosas
Tengo tus manos sabias
Que retiran la espina y me entregan la rosa.*

Sonia Martínez

En un ambiente familiar sensible a las artes y, a una corta edad, Sonia Martínez Arango comenzó a ilustrarse en solfeo y guitarra y fue la parentela paterna la que le marcó, desde muy niña, su inquietud por adentrarse en la música.

Acatar los roles de género y las pautas culturales asignadas a las mujeres casadas no la desligaron de su interés por la música, actividad que unió a su ambiente familiar y social más próximo. Su constante y rigurosa inquietud por el lenguaje fueron el sello de su exigencia por ahondar en el conocimiento de la palabra y la creación artística. Organizó y participó en agrupaciones musicales conformadas con personas cercanas con las que recorrió escenarios en Colombia, Cuba y Puerto Rico y en los que presentó sus composiciones escritas cuando ya era una artista sexagenaria, experimentada y premiada.

Si bien dudó en algunos momentos, de su talento como compositora, múltiples voces externas la aguijonearon a desarrollar sus búsquedas con la escritura de bambucos, pasillos, boleros, vales, entre los diversos géneros que exploró. Su pasión por la música, su rigurosidad y la consistente disciplina le dejaron al repertorio musical

colombiano más de cuatrocientas composiciones, además incontables poemas, monólogos y guiones teatrales humorísticos.

Despierta Sonia muy de mañana...

El miércoles 30 de julio de 1930 a las seis de la mañana nació en Medellín Sonia Margarita del Perpetuo Socorro Martínez Arango. Segunda hija del matrimonio compuesto por Luis Martínez Echeverri y Ángela Arango y hermana de Luis Fernando, María, Gilberto, Sergio y María Cecilia. Los Martínez Arango tenían solvencia económica. El padre fue médico pediatra y se destacó como un dirigente político conservador que en dos oportunidades ocupó el cargo de secretario de Educación de Antioquia. La madre fue hija única de la pareja conformada por Antonio José Eduardo Arango Lalinde y Berta Restrepo, dos personalidades de la alta sociedad de comienzos del siglo pasado, quienes perdieron parte de su fortuna durante la gran depresión del año 29.

Las historias familiares coinciden en señalar que el virus musical habría sido inculcado por parte de su padre y de sus tíos paternos, quienes interpretaban diversos instrumentos de cuerda en las frecuentes reuniones familiares. Luis Martínez, su padre, había conformado una murga con sus hermanos para deleitar los encuentros jaraneros de la parentela: uno tocaba tiple, otro guitarra y, de oído, interpretaban diversos

aires con el acompañamiento del abuelo pianista. Como desde muy pequeña Sonia empezó a revelar su talento musical, ingresó a estudiar guitarra en la academia de Gabriel Mejía, quien, junto a su esposa belga, Margarita Connick, crearon el lugar donde eran instruidos musicalmente los hijos de las familias pudientes de la ciudad al finalizar la década del 30 y comienzos del 40.

La música “me electrocutaba”...

En la primera etapa de su educación, Sonia Martínez pasó por varios colegios de origen religioso de Medellín y Bogotá, instituciones en las que cultivó y demostró tres de sus talentos: interpretó la guitarra, cantó y bailó y, quizás, más importante, temprano en su vida venció el pánico escénico y se familiarizó luego, sin complejos, con los públicos y con las tarimas.

Ni la práctica asidua ni los halagos por su aptitud desenfadada fueron suficientes para retener su interés en la formación de la guitarra y la música clásica y muy pronto viró su deseo por el conocimiento a la música popular con aires sonoros, asimilados junto a su abuelo cuando este encendía la vitrola y la radio. Ya en la adolescencia y al rondar los dieciocho años fueron los profesores Rufino Duque y Virgilio Pineda quienes, a través de clases particulares, incidieron en la siguiente etapa de su educación artística.

Bien cabe destacar que, para la época, las familias que contaban con los recursos económicos suficientes complementaban la educación de las hijas con clases de música, actividad permitida porque se consideraba una función sensitiva y delicada para ser ejercida por mujeres, dado que exaltaba su

feminidad y les abría la posibilidad de ser candidatas adecuadas para un matrimonio. Adicionalmente, en los currículos de los colegios de la época, además de programas como escritura, lectura, dibujo geométrico, religión, geografía universal y de Colombia, estaban incluidos el bordado, la costura e incluso el inglés y el francés como cursos pagos opcionales.

La ocupación en música se incluyó en los oficios aceptados para mujeres por la sociedad de entonces. Fueron labores legitimadas en el Código Civil de 1873, diez años después de la promulgación de la Constitución de Rionegro, de corte liberal. En la norma colombiana se indicaron los trabajos autorizados para ser ejercidos por las mujeres casadas: directora de escuela, nodriza, obstetra y actriz, en la idea de que apoyaran la economía del hogar. Estas tareas se ejercerían siempre y cuando la esposa tuviera la autorización del esposo y que, al practicar oficios por fuera de la casa, no se menoscabara el modelo de mujer “reina del hogar”.

Es decir, si bien en el periodo decimonónico en los países donde hervía la industrialización estaban abiertos los debates que ponían a la sociedad a repensar las relaciones de hombres y mujeres en ámbitos públicos y privados, en Colombia estos marchaban a un ritmo inverso al acelerado crecimiento de la producción manufacturera.

En su etapa juvenil, Sonia escuchó la música que programaban las emisoras y presentaban los radioteatros: pasillos, boleros y el filin, un género que en los años cuarenta llamaba la atención en Latinoamérica por exponer un estilo propio hecho por compositores cubanos con armonías distintas a las usuales del bolero. Ella recordaba que

en ese periodo oía las canciones, tomaba su guitarra y de inmediato comenzaba a replicar sus acordes y, para redondear la evocación, cuenta que años después escuchaba, de forma repetida hasta encontrar las notas precisas, un casete con temas de José Antonio Méndez, el compositor cubano representativo del género.

Sonia tiene rimas

En 1948, Sonia fue a New Jersey, en el estado de Nueva York, a estudiar secretariado bilingüe en Montclair con el fin de prepararse para ejercer con competencia una de las pocas actividades profesionales que en ese entonces podrían garantizar un empleo para las mujeres.

En 1950, al retornar al país luego de sus estudios en Nueva York, Sonia rápidamente es enganchada en el First National City Bank, entidad financiera donde laboró durante cinco años como secretaria ejecutiva de la gerencia hasta su retiro en 1955, año en el que se casó con el cardiólogo Alfonso Aguirre Ceballos. Concibieron cinco hijos: Luis Alberto, Andrés, Juan Carlos, María Piedad y Pablo. En ese periodo, y para disponer de herramientas que le permitieran escribir música, no solo de oído sino con base en una formación académica, cursó cuatro semestres de armonía en la Escuela Superior de Música.

De su etapa de crecimiento, los descendientes recuerdan a una mujer que, a la usanza de la tradición antioqueña, se ocupaba de cuidar el esposo y a los hijos, de administrar la morada y de tutelar la educación de la prole, pero también fijaron en la memoria la alegría de la madre, su contagiosa pasión por la música, por el baile, por la lectura,

por las artes escénicas. Ella los vinculó a la diversidad de intereses artísticos de los que se nutrió: organizaba espectáculos familiares, montaba obras de teatro y disponía de un completo vestuario para obras cómicas y de teatro infantil.

Parecía lógico, además, que el amor de Sonia por la música, y en particular el conocimiento y los aprendizajes que venía acumulando durante décadas, fueran compartidos con sus niños y los hijos de personas cercanas. Precedida por la imagen de artista rigurosa, una empresa de la ciudad la invitó a grabar canciones infantiles para obsequiar discos en navidad. El grupo, conformado por cuatro de los hijos y otros pequeños alumnos se llamó “Los Telestellitas” y, si bien lograron grabar cinco discos, el conjunto duró poco porque las voces infantiles comenzaron a cambiar al entrar sus miembros en la adolescencia.

Una de las diversas facetas artísticas desarrolladas por Sonia fue la de crear música para las obras de teatro dirigidas por su hermano Gilberto Martínez, fallecido el 24 de marzo de 2017. Médico cardiólogo de profesión, ensayista y dramaturgo, Martínez fue profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia y director de La Casa del Teatro de Medellín.

Gozar haciendo gozar

En los años 70, Sonia Martínez integra, junto con Óscar Lince Restrepo, con Fabio Bernal y Gilberto Restrepo el conjunto Los Cuatro Géminis, encargados de hacer la parte musical del Circo Tangarife del Club Campestre. Óscar Lince fue delegado durante varios años del Festival Mono Núñez. Él motivó a Sonia —más de dos décadas después—, a acercarse a la música andina



Patricia Bernal Cortés. Tinta sumi sobre papel. 35 x 35 cms.

colombiana y a llevar a este certamen las letras escritas para este género.

En 1976, el compositor chileno Mario Gómez Vignes la convoca a participar de *El Quinteto*, un grupo vocal que interpretó madrigales, romances, canciones españolas y religiosas. Estuvieron activos hasta 1981.

De manera paralela a su intensa vida familiar y social, Sonia dictaba clases de guitarra todas las tardes de la semana en un rincón de su casa habilitado como aula musical. Por allí pasaron la cantautora Claudia Gómez y sus amigas contemporáneas en el colegio Los Pinares Pilar Posada, Anita Echavarría y Ángela Restrepo, a quienes, tiempo después, Sonia invitaría a participar del proyecto musical *Por el gusto de cantar*, dueto establecido con Pilar Posada y que luego retomaría en conjunto con su hija Piedad, Juan José Arango y Jairo Cardona.

También crea *Cántaro*, la agrupación conformada por Anita Echavarría y Claudia Restrepo como guitarristas, por la percusionista Nury Hernández, el guitarrista Guillermo Betancur y el tiplista Jairo Gómez, quienes durante cinco años —entre 1993 y 1998—, participarían en escenarios del eje cafetero, Bogotá y Cali, al igual que en Cuba y a Puerto Rico. Graban dos discos: *Cántaro encantado* y *Un no sé qué* en el cual incluyeron algunas de las canciones compuestas por Sonia, con arreglos del músico y productor Germán Ramírez.

Componer música ¿vocación tardía?

Por el camino que trazó temprano desde su infancia, los protagonistas de su lápiz fueron criaturas mágicas, expresiones popula-

res, sentencias, aforismos, supersticiones, y amores difíciles, vivarachos, románticos y despechados. Sonia Martínez narró la transformación de Medellín y describió, con sentido del humor, la metamorfosis de una villa que se va transformando en ciudad cosmopolita. Asimismo, relató la evolución de la mujer y las innovaciones del lenguaje. El léxico en sus canciones tuvo un constante progreso, su voz narró la visión de los niños del ayer y del hoy y demostró cómo las montañas siguen abrigando la ciudad lo mismo que un siglo atrás.

De su habilidad para escribir coplas y canciones surgieron las parodias, las notas de humor, las sátiras y la música infantil. Y de ahí es entendible, por tanto, que pese a tener dudas sobre su capacidad como compositora, una tarde de enero, en una finca de descanso en el ardiente municipio de La Pintada, cerca del Río Cauca, fantaseó con un juego entre dos géneros de música andina, los hizo canción y los convirtió en la obra inédita *-Coclí coclí-* que la tituló como compositora en el Festival de música andina Mono Núñez, versión de 1996.

“Yo no me lo creía cuando me gané el Mono Núñez con *Coclí Coclí* [...] me decían ‘Maestra’”, un título que juzgó inmerecido, aunque lo venía ejerciendo, con profuso mérito, desde décadas atrás. Por entonces seguía pensando su música en un ámbito cerrado, privado y pequeño. A partir de ahí comenzó a transitar un vertiginoso camino de letrista cuya calidad ya había sido ampliamente reconocida por músicos de la trayectoria de Mario Gómez Vignes, Jaime R. Echavarría, el bolerista cartagenero Sofronín Martínez, el guitarrista bogotano Gabriel Rondón, al igual que por las compositoras cubanas Miriam Ramos y Marta Valdés.

Para 1998 repite triunfo en el Mono Núñez en la categoría de Canción inédita con el pasillo *Contradicciones*. Ese año también es ganadora del Festival Hatoviejo en la categoría Obra inédita con el vals *Por qué*. En el 2000 se lleva el palmarés del Festival del Pasillo en Aguadas, Caldas con el pasillo *Las callecitas de Aguadas* y en 2003 triunfa en el Festival de la canción Metropolitana con el bolero *No fue tu mejor noche*.

¿Vivir de la música o gozar la música?

Sonia Martínez hizo música para deleitar su vida. En cada periodo de su existencia corroboraba que era su gran pasión. Contó con los medios y el respaldo del esposo, los hijos y el entorno social y, si bien algunos de los primeros discos fueron financiados por la empresa privada, a partir de la segunda mitad de los 90 tuvieron el apoyo monetario de entidades oficiales y en los últimos años de su existencia, ella y su familia financiaron algunas ediciones de sus trabajos musicales.

Como bien lo dice su hija y compañera de aventuras musicales, María Piedad, a la música colombiana Sonia “le dejó una expresión fresca, unas letras y unas armonías hermosas”, y aportó, como lo considera el músico e investigador musical y profesor de la Universidad de Antioquia Alejandro Tobón, además de sus interpretaciones de calidad, textos bien elaborados, profundos y canciones para la música andina colombiana por fuera de lo corriente.

Sonia Martínez falleció el 25 de enero de 2022 a la edad de 91 años, momento en el cual trabajaba con la cantautora Claudia

Gómez en la preparación de doce temas con letras escritas por ella y música de su exalumna y amiga. Hasta el último día de la vida de Sonia Margarita Martínez Arango la música fue eje de su existencia. Hija de su tiempo, respondió a las tareas proyectadas por la cultura para ser esposa, madre, educadora y protectora de su hogar, pero también, al sentir desde muy temprano la armonía y la melodía muy adentro de su ser, las incorporó a su existencia como la compositora y artista que fue.

Fuentes

- Aguirre Martínez, A. (2012). Entrevista realizada el 27 de octubre.
- Marín, C. Marín, L. Londoño, M. Posada, W. (2017). Sonia Martínez: sembradora de canciones, sembradora de vida en *Revista Universidad de Antioquia* (339), pp.12-15.
- Martínez, S. (2020). Entrevista realizada el 12 de febrero.
- Pagano, C. (2022). Entrevista realizada el 31 de octubre.
- Velásquez, J. (2010). La práctica musical como asunto de género, vista a través de las publicaciones periódicas, entre 1886 y 1905 en *Artes La revista*, (16), Universidad Eafit, pp. 76-87.
- _____. (2012). El encanto de las damas: las mujeres y la práctica musical a finales del siglo XIX en Medellín, Colombia en Millán, C. y Quintana, A. (Ed.) *Mujeres en la música en Colombia: el género de los géneros*, Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Luz Patricia Vargas Vergara es melómana desde hace más de cincuenta años. Estudió Comunicación Social y Periodismo y tiene una Maestría en Periodismo de la UdeA. La investigación para optar al título *Mujeres compositoras en Antioquia: tres historias, tres destinos inspiradores* versó sobre las trayectorias artísticas de tres músicas antioqueñas: Ligia Mayo, Sonia Martínez y Claudia Gómez de donde extractamos y adaptamos este fragmento.